

## **“Sommerville: un caso de licantropía”**

**de**

**Miguel Ángel Arcaz Sánchez**

Nueva York. 22 de Septiembre de 1998 08:37 PM

72nd Police Precint. Oficina del Inspector Jefe James Sommerville

—Maldita sea, Murray. Parecemos unos jodidos novatos de guardería. La hemos cagado de lleno, Murray. La hemos cagado.

El inspector jefe Sommerville había vuelto a estallar, pagando su furia con la enésima taza de café que finalmente habría acabado pulverizada contra el suelo en esa misma semana. Era martes. Abrió su vieja petaca de metal, con tantas abolladuras como años en su haber, y que últimamente parecía haberse convertido en un apéndice más de su cuerpo. Luego se echó un buen trago de whisky escocés para finalmente levantar el rostro hacia mí mostrándome que aún le quedaba fuego en su mirada.

Encima de la mesa había un dossier abierto del que sobresalía la ficha de un preso que tuvimos hasta hace poco. Un actor de tercera que hacía de hombre lobo en muchas de esas películas de bajo presupuesto. Se llamaba Emilio José Pardo y era portorriqueño. Le detuvimos hace poco por el asesinato de tres muchachas que se encontraban de paseo por Central Park. Una cuarta, que logró escapar, dijo distinguir vagamente la figura de un hombre muy grande y peludo, como un caniche gigante.

Encontrar restos de fibra sintética del disfraz de licántropo nos llevó hasta él, pero por falta de pruebas concluyentes tuvimos que dejarle marchar. Sinceramente, a pesar de tener un físico impresionante, el señor Pardo no parecía ser capaz de matar una mosca.

El jefe deslizó hacia mí una fotografía reciente. Era el cadáver de un hombre tirado en plena calle. En la esquina entre la novena y Berry, posiblemente. A primera vista, se descubría un enorme agujero en el hígado del hombre lo que hacía presagiar que le habían disparado con un arma de fuego. Finalmente logré reconocer a la víctima como nuestro antiguo reo. No fue difícil dado que se había enfundado su famoso disfraz de hombre lobo.

—Rápido Murray, el tiempo vuela —dijo el jefe—. El premio puede ser tuyo pero antes tendrás que elegir una puerta ¡Vamos Murray, no te pago para que te quedes ahí pasmado! ¿Quién mató al hombre lobo?

—Jefe —pensé mucho lo que iba a decir a continuación, aunque sabía a ciencia cierta que estaba a punto de caer en otra de las famosas trampas de James Sommerville—. Yo diría que posiblemente intentaron atracarle.

Seguidamente, el jefe se levantó furioso y como un vendaval se colocó frente a mí. Luego me agarró de la camisa del uniforme y me estampó contra la cristalería de la puerta que daba acceso a su despacho, consiguiendo que varios trozos de afilado cristal cayeran al suelo mientras algunos de mis compañeros evitaban intervenir. El jefe acercó su cara a la mía, entonces pude saborear el amargo olor de su alcoholizado aliento. Me entraron ganas de vomitar.

—Mala suerte, Murray, inténtalo de nuevo —sacó de un bolsillo una pequeña bolsa de plástico que contenía un trozo de metal—. Ahora dime ¿quién mató al lobo?

Examiné cuidadosamente el contenido de la bolsa. Efectivamente era un trozo generoso de metal, una bala, pero no de ese tipo de proyectil que se puede encontrar fácilmente en cualquier armería. Esa bala era realmente hermosa, nada grande y parecida a la punta de una flecha. Probablemente de fabricación casera o por encargo, aunque no pude reconocer el tipo de arma que utilizaría el agresor. Evidentemente, esa bala tenía un propósito. Aunque había algo más en ella, era demasiado brillante, demasiado plateada...Entonces lo vi claro.

—¿Una bala de plata? —exclamé aun conociendo la respuesta a mi propia pregunta—. ¿En serio alguien ha fabricado una puñetera bala de plata para matar a un tío que se viste de lobo? —A veces el cinismo del jefe puede ser contagioso.

—Bien, Murray. Te ha costado pero al final parece que la única de tus neuronas que no se ha ido de vacaciones a Hawai ha hecho bien su trabajo.

—Pero jefe, esto es absurdo. No existen los hombres lobo, y menos en Nueva York. Dios, esto es ridículo ¿No podían haberle matado con una bala normal? ¿Por qué tantas molestias?

—No lo sé, aunque tienes razón en este punto —admitió el jefe—. Por eso siento que cometimos un error al dejarle marchar. Al parecer ese tal Pardo tenía más de lobo que de cordero.

Y tenía razón. Las muertes en Central Park, en las que el señor Pardo pudo estar implicado de una forma u otra, y luego el asesinato de éste llenaban de un halo de misterio el despacho del jefe. Si nos hubiese contado algún detalle, por muy pequeño que fuera, al menos tendríamos dónde empezar a buscar.

El jefe vació su petaca, miró al vacío durante unos instantes como siempre hacía cuando se quedaba sin ideas, y finalmente se le iluminó el rostro mostrando por fin su tan característica sonrisa maléfica. Sabía que había encontrado la última pieza del puzzle, y ya podía huir lejos el asesino, que como James Sommerville le echara el guante, tendría que encargarse de una cara nueva.

—Mi abrigo, Murray. Tenemos una viuda a la que visitar. Y ya que estás, avisa a ese atajo de gandules y diles que levanten su sucio culo de ahí y se pongan a hacer lo que se supone que sepan hacer. Ah, y que alguien me encuentre a Saddie. Esa loca debe saber lo que ocurre entre los latinos y los amarillos. Y, por el amor de Dios, haz el favor de llenar esta cosa --dijo acercándose su vieja petaca--, que me estoy quedando seco.

Nueva York. 22 de Septiembre de 1998 09:22 PM

111 Kent Avenue. Residencia de la familia Pardo

Habían pasado unos diez minutos desde que el jefe y yo llegamos al hogar de los Pardo, pero nadie nos había recibido aún. La impaciencia del jefe aumentaba por segundos, y muy pronto comenzó a propinar golpes y patadas a una inocente puerta. Por mi parte, decidí preguntar a los vecinos. Pero ninguno de ellos había visto a Martha Pardo en semanas. Entonces, un escalofrío recorrió mi cuerpo y volví corriendo junto al jefe.

El cadáver de una puerta hecha astillas me recibió junto al olor de la descomposición. La luz había sido cortada, por lo que imaginé que el olor vendría de los alimentos podridos que habría en la nevera.

Encontré al jefe postrado en el salón. Cuando me acerqué, no pude apartar la mirada de nuestro nuevo hallazgo.

—Apuesto a que pensabas que se había ido de viaje con su amante.

Era el cuerpo desnudo de Martha Pardo, o al menos esa fue nuestra teoría ya que la cabeza de la mujer había desaparecido. La sangre de la víctima había salpicado todos los muebles, y el cuerpo mostraba múltiples cortes y arañazos como hechos por un animal salvaje. Un vistazo más a fondo nos permitió reconocer el rastro de marcas dentales en la yugular. Martha Pardo no había sido asesinada, había sido devorada.

Descubrimos que la sangre derramada nos estaba también mostrando un camino formado por pequeñas gotas que no dirigieron directamente a la cocina finalizando frente al congelador. El jefe me ordenó echar un vistazo dentro. Obedecí sin rechistar aún temiéndome lo peor, y ya era tarde cuando descubrí que mi imaginación ya me había contado el final de esta película. Fue entonces cuando la cabeza de la señora Pardo, aún empapada por el deshielo, emergió a manos del jefe.

—¿No es hermosa? Dejaría a mi mujer por ella —El jefe acercó su cara a la cabeza e intentó besarla, yo me estremecí.

Un teléfono sonó y el jefe me lanzó la cabeza de la señora Pardo como si ésta fuera un simple balón. El jefe asintió un par de veces y tras colgar se dirigió una vez más a mí.

—Espero que hayas hecho los deberes mientras yo estaba ocupado atendiendo a Saddie. Me ha dado un par de chivatazos la mar de interesantes. Vamos, seguro que te has dado cuenta de un pequeño detalle que se repite en esta cocina, y en el salón, y me apuesto una cena en Benny's a que también está presente en el dormitorio. Piénsalo, mientras yo miraré en el botiquín a ver qué encuentro.

Un detalle que se repite. Un detalle... que se repite... ¿Qué quería decir? ¿Qué podía ser tan diferente? Comencé a sudar, temiendo lo que me esperaba si no resolvía el acertijo. Abrí el grifo justo para darme cuenta de que el tacto era de todo metálico. Observé toda la cocina y palpé todos

y cada uno de los objetos. Madera o plástico, pero nada de metal. Ni siquiera los cubiertos. Supe entonces cuál era la respuesta a todo aquel misterio y corrí al encuentro del jefe.

—¡Un hombre lobo! ¡Emilio José Pardo se creía un hombre lobo! Él mató a su esposa, pero ¿cómo? ¿por qué de una forma tan salvaje? No tiene sentido, parecía un hombre tan inofensivo, tan amable...

—Y sin embargo fue el asesino. Bravo, Murray. El señor Pardo era un hombre tranquilo. Un actor que hacía muy bien su papel de lobo en el cine. Creía tanto en su personaje que acabó convertido en él, pero para eso necesitó un poco de ayuda extra —el jefe me mostró una bolsa de plástico en cuyo interior aún quedaban algunas pocas pastillas.

Droga. Reconocía esa droga, es más, sabía muy bien quién la estaba distribuyendo. Su nombre, Berserk y sus efectos eran letales para el cuerpo humano. Aumentaba la frecuencia cardíaca, endurecía los músculos y en general convertía a todo aquel que consumía en alguien muy peligroso con cierta carencia de control.

Emilio José Pardo era un actor, quería triunfar en el mundo del cine y por eso se esforzó por conseguir ser toda una estrella. Sin embargo, se le fue de las manos y acabó cometiendo crímenes atroces. Y aunque habíamos aclarado un misterio, aún nos quedaba otro por resolver ¿Quién mató al lobo? No los sabíamos, pero la puerta abierta por el Berserk parecía ser la próxima a la que llamar.

Continuará...